

A JORGE CARPIZO: LA PRESENCIA AUSENTE

Enrique CÁCERES

El reloj del restaurante del hotel Centuria de Buenos Aires marcaba las 8:30 cuando había acabado de desayunar, y escuchaba una voz proveniente de la recepción que me avisaba que alguien me buscaba. Efectivamente, había llegado Pilar Hernández, investigadora del Instituto de Investigaciones Jurídicas y amiga desde nuestra época de becarios. En cumplimiento de lo acordado la tarde anterior, había pasado por mí para ir al aeropuerto, pues era mejor tomar el taxi desde su hotel y recogerme en el mío, que hacerlo de manera inversa.

Una media hora después nos confundíamos entre apresurados pasajeros, maletas, cochecitos portaequipaje y todo el bullicio que caracteriza a un aeropuerto internacional.

Sin embargo, no éramos del todo anónimos: durante el deambular entre el cierre de la documentación del equipaje y la formación para embarcar, nos fuimos encontrando con otros queridos amigos: ahí estaban Luis Raúl González Pérez (abogado general de nuestra máxima casa de estudios) y Chucho Orozco (presidente de la Comisión Intramericana de Derechos Humanos), acompañados por sus respectivas esposas, y Francisco Ibarra, actual coordinador del doctorado por Investigación de nuestro instituto. Había llegado el fin de nuestro viaje con motivo de la participación en un interesante y emotivo evento: el XI Congreso del Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional “Jorge Carpizo”, el cual, además de por su alto nivel académico, había estado marcado por un ambiente de profunda emoción, en el que se mezclaban cariño, gratitud, admiración, nostalgia y tristeza por la partida de Jorge, entre los constitucionalistas de los más diversos países que lo conocieron. Además de los referidos, al magno evento asistieron muchos otros amigos y colegas del propio Instituto, que sería largo nombrar, entre los que se encontraba también nuestro director, el doctor Héctor Fix-Fierro. Fue también ocasión de encuentro con queridos colegas de otras latitudes a quienes hacía tiempo no había tenido ocasión de ver, entre ellos Pedro de Vega y Emilio Suárez.

Entre quienes, más que amigos, fueron parte de la familia de Jorge, no podría dejar de nombrar a nuestros queridos “pater-familias”: el doctor Héctor Fix- Zamudio y a Diego Valadés.

El doctor Fix, como siempre, nos impresionó con su enorme sabiduría, en esta ocasión a través de una brillantísima videoconferencia. Diego, por su parte, con la erudición e inteligencia que lo caracterizan, dio una inolvidable conferencia magistral en la inauguración del congreso. En la clausura del mismo se despidió como presidente del Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional, nombramiento que le fue concedido por aclamación en el imponente palacio legislativo de Tucumán, que amablemente nos facilitaron los organizadores del congreso para realizar la asamblea en la que habría de designarse nuevo presidente, después del deceso de Jorge.

Ya en el avión me sobrevinieron imágenes de un pasado compartido con muchos de quienes habíamos convivido una semana fuera del país. Como si se tratara de un recurso hollywoodense en una película mental, vi las sesiones de seminario interno a que nos convocaba Jorge cuando era director del Instituto; a investigadores y becarios juntos alrededor de una gran mesa armada con mesas, elaborando el avance bibliográfico; la eterna sonrisa del maestro Santiago Barajas; la emoción de quienes íbamos recibiendo la noticia de haber ganado una beca para cursar estudios en el extranjero; nuestra estancia fuera del país y tantas y tantas más.

Tuve el privilegio de conocer al doctor Carpizo (entonces no era “Jorge”) como alumno en su curso de derecho constitucional, y de disfrutar su clara y profunda capacidad explicativa. Como sucedió con varios de sus exalumnos, tuve también la fortuna de ingresar al Instituto de Investigaciones Jurídicas como becario, en mi caso asignado al Centro de Legislación y Jurisprudencia, donde participé en el entonces proyecto de frontera en informática jurídica UNAM-JURE, en colaboración con la Universidad de Montpellier (casi ha caído en el olvido que Jorge Carpizo fue pionero de la informática jurídica en nuestro país).

En el Instituto dirigido por el doctor Carpizo descubrí mi indudable vocación por la investigación, y cristalizó mi decisión de hacer de ella mi proyecto de vida profesional. Al igual que muchos otros de quienes habíamos ingresado como becarios, tuve la oportunidad de realizar estudios doctorales en el extranjero, particularmente en la Universidad Complutense de Madrid, que años después le concediera a Jorge el Doctorado Honoris Causa, y donde pasó más adelante algunos de los años más felices de su vida como profesor visitante.

Mi estancia doctoral se prologó más allá de lo originalmente previsto debido a que fui invitado a impartir clases en la Universidad de Castilla La

Mancha, donde permanecí hasta que recibí nuevamente el llamado de mi “casa académica”. Otro miembro de la familia del instituto, el licenciado Madrazo, entonces director del mismo, me invitaba a hacerme cargo del Centro de Legislación y Jurisprudencia.

Permanecí en el Instituto durante un par años, hasta que recibí una nueva invitación por parte de España para pasar una estancia como profesor de la Universidad de Tenerife, de la que se iba a independizar una nueva universidad en Las Palmas de Gran Canaria, a efecto de colaborar en la creación de su Departamento de Filosofía del Derecho.

Años más tarde llegó el momento de regresar a México, y llamé al doctor Carpizo para darle a conocer mis intenciones y concretar una cita con él en la CNDH, de la cual era presidente, y en donde me invitó a trabajar. Poco después fue designado secretario de Gobernación, y quedé como colaborador de Jorge Madrazo, nuevo presidente de la institución, con el encargo de desarrollar un programa de modernización e investigación en materia de derechos humanos, que obtuvo apoyo de PNUD.

Como es sabido, las altas responsabilidades que tenía el doctor Carpizo no le impedían disfrutar de la vida, lo que incluía su amor por la música romántica. Le gustaban los temas de Agustín Lara, especialmente si eran interpretados por su amiga Amparo Montes, cuya “cueva” visitaba frecuentemente, y donde relataba haber pasado una noche única cantando junto con otra de sus más grandes amigas del mundo artístico: María Félix.

La música propició algunos de los momentos de convivencia más agradables con Jorge. Debido a la profesión de mi padre, compartimos muchas noches bohemias amenizadas con música de tríos que tocaban o acompañaban las canciones que Jorge solicitaba y que mi padre interpretaba. De ahí surgió una hermosa amistad entre ambos, unidos además por sus respectivas tierras natales: Mérida y Campeche, que a decir de Jorge eran una sola. Con la amabilidad que lo caracterizaba, frecuentemente nos obsequiaba con alguno de los deliciosos platillos campechanos preparados por esa inigualable compañera y excepcional cocinera que es Mary.

De las bohemias, una fue especialmente memorable: la de 1993. Tuvo lugar durante la semana previa a la navidad.

En esos días mi padre estaba ensayando con Jesús Navarro, el único sobreviviente de los fundadores del legendario trío “Los Panchos”, del que había sido primera voz durante cerca de una década. El objetivo era preparar una serie de conciertos para conmemorar el 50 aniversario del trío, y se nos ocurrió darle a Jorge la primicia de lo que habían estado preparando como regalo de navidad, así que organizamos una reunión en la casa paterna.

A la cita asistieron también el doctor Héctor Fix Zamudio y doña Cristi, como le decíamos de cariño a su encantadora esposa; Alfredo Zavala, amigo de Jorge, y Álvaro Bunster, investigador del IJ y ex embajador de Chile en Inglaterra cuando ocurrió el golpe militar de Pinochet, y a quien Jorge cobijó en el instituto cuando decidió refugiarse en México.

La bohemia resultó extraordinaria: el trío sonó como en sus mejores tiempos, a pesar de la avanzada edad de Chucho, y cantamos, incluyendo a Jorge, los éxitos que hicieron internacionalmente famoso al grupo musical.

Al final de la tertulia, y antes de despedirse, nuestro invitado de honor preguntó dónde tenían programado celebrar las bodas de oro. No recuerdo exactamente cuál fue la respuesta, pero sí que con la generosidad que lo caracterizaba se ofreció a realizar gestiones para que pudieran tener lugar en el Palacio de Bellas Artes.

Lamentablemente no fue posible: unos días después, el 23 de diciembre, Chucho Navarro fue internado de emergencia y falleció. Entre sus múltiples bohemias, Jorge escuchó la última actuación del trío Los Panchos.

De vuelta al tema laboral, un día me mandó llamar Jorge Madrazo para comentarme que el doctor Carpizo estaba interesado en conversar conmigo, y que tenía una propuesta importante que hacerme.

Asistí a sus oficinas, donde me comentó que le habían ofrecido el cargo de embajador de México en Francia, y me preguntó que si me interesaría colaborar con él. Recuerdo que, como si hiciera falta dar más razones para convencerme, me dijo: “piensa también que para los muchachos (mis hijos Odette y Rodrigo) será una gran experiencia y podrán ganar un idioma que a su edad será como otra lengua materna”.

La estancia en París duró cuatro inolvidables años, en los que se combinó un intenso trabajo, con la increíble experiencia de vivir en la que sin duda es una de las ciudades más hermosas del mundo, y en donde la actividad cultural del más alto nivel siempre está presente.

La responsabilidad que me asignó Jorge fue actuar como consejero agregado a la embajada, encargado de la promoción e inversión turística en coordinación con Sectur. A pesar de que mi base era París, tenía jurisdicción concurrente en Bélgica, Luxemburgo, Suiza, Marruecos, y el Principado de Liechtenstein, lo que implicaba colaborar con otros embajadores y viajar constantemente, por lo que no podía ver a Jorge con la asiduidad que hubiera querido. No obstante, trabajar con él fue un privilegio, y otro estudio de posgrado, pero en el manejo político y diplomático. Cuando recién llegué a Francia, estaba un tanto estresado por su falta de conocimiento del terreno diplomático. Al despedirse había obtenido del gobierno francés condecoraciones cuya concesión a una misma persona se había considerado

excluyente, y prácticamente tenía derecho de picaporte con el presidente Chirac.

Muchas cosas podrán decirse del embajador Carpizo sobre su habilidad para promover a nuestro país en todos los sentidos, sobre el enorme cariño y la admiración que logró despertar entre el cuerpo diplomático francés, del profesionalismo con el que preparó la visita presidencial de Ernesto Zedillo y un largo etcétera. Sin embargo, yo prefiero recordar al Jorge que disfrutaba conducir el auto de la Embajada y dar el día libre a Emilio, su chofer portugués, al que gustaba pasear a pie por las calles de París o viajar anónimamente en metro como cualquier mortal, a diferencia de lo que sucedía en México; al Jorge con el que salíamos los fines de semana a visitar museos; el que nos invitaba al teatro a Patricia y a mí; al que le regaló a mi madre un cuadro antiguo japonés después de que en alguna visita a un museo expresara su admiración por la pintura oriental; al Jorge con el que entramos a un museo de la magia, que les gustó a mis hijos, junto con el doctor Héctor Fix-Zamudio y doña Cristi; al que nos invitó a pasar la navidad junto con Pedro de Vega y Diego Valadés y su familia a la casa de la Embajada, teniendo como fondo la imponente vista de la Torre Eiffel, que se podía contemplar desde el gran ventanal que abarcaba casi la totalidad del muro del segundo piso de la casa; al Jorge a quien tanto le gustaban los Nenúfares de Monet; al que recordaba que su padre lo llevaba a comer a Coconnas cuando visitaban París, mientras comíamos en el mismo restaurante durante nuestra primera visita a le *Marais*; al Jorge niño que se asomó con curiosidad y emoción (usando aún un bastón debido a la lesión que había sufrido en un pie) cuando se subió con nosotros a la enorme rueda de la fortuna que se suele poner en diciembre en *Place de la Concorde*, para contemplar desde ahí la espectacular iluminación de *Champs Elysée*.

Fueron cuatro inolvidables años en los que, como bien dijo Jorge, mis hijos no solo ganaron otro idioma, sino otra manera de ver el mundo, al igual que nosotros.

Después de la estancia en París, nuestro punto de encuentro nuevamente fue nuestra casa académica, nuestro Instituto.

Al poco tiempo del regreso, Patricia y yo recibimos la noticia de que pronto llegaría otro miembro de la familia: mi hijo Brandon, ahora un jovencito de 14 años.

Como es de suponerse, el cariño hacia Jorge, particularmente después de la estancia en París, hacía que lo sintiéramos como de la familia, y para “formalizar” esa relación, Patricia y yo le pedimos que fuera padrino del niño, a lo que accedió gustosamente, convirtiéndose en nuestro compadre. Como anécdota simpática, recuerdo que cuando se llevaron a cabo las plá-

ticas bautismales, Jorge asistió con los miembros de su equipo de seguridad. Al entrar el sacerdote y verlos se desconcertó, y aunque todo parece indicar que nunca llegó a reconocerlo, se concretó a decir: “son muchos padrinos para un mismo niño, ¿no?”, lo que a Jorge le dio mucha risa.

De su padrino, Brandon recuerda la enorme cantidad de cosas interesantes que tenía por todas partes de su casa, y la paciencia con que lo llevaba al objeto de su curiosidad o lo depositaba en sus manitas mientras le explicaba de qué se trataba y de dónde venía; desde luego, los regalos que le enviaba, especialmente un juego de hombres-araña y una colección de películas infantiles, así como su gusto compartido por los sombreros, pero, sobre todo, una hermosa y finísima bombonera de cristal cortado que contenía los chocolates “Mozart”, de la que podía tomar sin límite alguno cuando lo visitábamos, ante la respiración suspendida de los padres.

Entre los muy queridos amigos de esta última parte de mi vida, dos de ellos fueron parte de la “herencia” de Jorge: Fernando Cano Valle (mi compadre) y quien le siguiera poco después de su fallecimiento: mi recordada y querida doctora Chela Rodríguez, quien, además, era su vecina. Con ella también tuvimos múltiples bohémias, algunas en la casa de Cocoyoc, donde compartimos con el resto de la familia de Jorge.

La última vez que lo vi fue unos días antes del triste desenlace que tanto lamentamos quienes lo conocimos. Lo pasé a visitar a su cubículo, donde platicamos de algunos proyectos académicos y de su querido instituto. Me habló de su inquietud y preocupación por que se diluyera la mística que siempre lo había caracterizado y se perdiera su sentido de familia, pero, sobre todo, de la necesidad de mantenernos sin divisiones internas. De mantener una familia que pensara en servir al Instituto y a la UNAM por encima de las legítimas aspiraciones estrictamente personales.

Le comenté que el fin de semana iría a Acapulco a dar una conferencia, y que aprovecharía para festejarle a Patricia el día de su santo. Terminábamos de desayunar frente al mar cuando entró la llamada de Jorge por el celular para felicitar a Paty. No sospechamos que sería su última felicitación. No había ninguna causa para ello ante una intervención quirúrgica de rutina.

Al inicio de la semana bajé del segundo piso, donde se encuentra mi oficina, para preguntar por Jorge y pasar a saludarlo. Fue cuando me enteré de la terrible noticia por parte de Isabel, su eficiente y leal secretaria.

Como comenté en su momento con Fernando Cano, pasado el choque de tristeza, lo que quedó después de la partida de Jorge es una sensación de orfandad al percartarte de la ausencia de quien de una u otra forma siempre había estado acompañándome a lo largo de una muy buena parte de mi vida.

Al preguntarle a Patricia cómo podría compactar lo que Jorge significaba para ella, me contestó que lo consideraba un constructor de vidas, y creo que tiene razón. Mucho se habla de su importante e innegable papel como constructor de instituciones. Sin embargo, también fue una parte decisiva en el proyecto de vida de muchos de cada uno de quienes hoy nos vemos con el cariño de toda una vida articulada alrededor de Jorge, de nuestro instituto, de nuestra universidad, de la ciencia, del país al que tanto amó. De quienes a pesar de su ausencia física mantendremos viva siempre su presencia.